

UN ÉXITO

SIN PRECEDENTES

ha alcanzado nuestro primer libro de

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

LOS HIJOS DE NADIE

de asunto insuperable
en sugestión y emoción

¡TODO LECTOR DE BUEN
GUSTO LO HA LEÍDO!

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 69

50 cts.



EL
SECRETO
DEL POLICHINELA

por M. de Fe-
raudy Signoret
y el niño Sigris
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 69

**El Secreto
del
Polichinela**

Comedia sentimental en cinco actos,
según la novela de Pierre Wolf,
adaptada para el cinematógrafo por

RENÉ HERVIL



El Secreto del Polichinela

INTÉRPRETES

Juana Cheirel en el rôle de Señora Jouvenel
Catalina Fonteney » » Señora Langeac
Lucrecia Carrel » » Genoveva Langeac
Juan Dehelly » » Enrique Jouvenel
El niño Sigris
Monsieur de Ferandy » » Señor Jouvenel
de la Comedia Francesa
Andrea Brabant » » María
Juan Signoret » » Doctor Trevoux

AUBERT FILMS

Producción: DELAC ET VANDAL

Concesionario: LEVANTISCHE FILMS S. A.

Fontanella, 9 ————— BARCELONA



Argumento de la película de dicho título

Aquella noche la familia Jouvenel recibía á sus amistades en sus suntuosos salones única-mente accesibles para los seres privilegiados pertenecientes á la *buena sociedad*.

Enrique Jouvenel, hijo único del matrimonio y abogado neófito recientemente inscripto en el foro, no parecía participar del bienestar que se reflejaba en los rostros de los allí reunidos.

El doctor Trevoux, un antiguo y buen amigo de los Jouvenel, disfrutaba con el anfitrión y con otros dos amigos, jugando á los naipes, alrededor de una mesa para cuatro situada en una habitación contigua al salón donde se hallaban las damas.

La señora Langeac y su hija Genoveva, á quien por mutuo interés de ambas familias, quería destinarse para marido al joven Enrique Jouvenel, formaban, por decirlo así, corro aparte, y la primera se mostraba ufana de merecer, con preferencia á los demás invitados, las más amables atenciones por parte de la señora Jouvenel. Sin embargo, á quien la señora Langeac quería ver á su lado continuamente, y al decir á su lado equivale á decir al de su hija Genoveva, era á Enrique, que hacía todo lo contrario; tanto era así esto último, que su madre hubo de objetarle discretamente:

—Te muestras muy poco atento con la señorita Langeac.

Y, obligado á ello, para no hacer un «feo» á la buena Genoveva, á quien su severísima mamá no dejaba en paz con su monomanía de que irguiese su pecho con señorial arrogancia

y otras tonterías más para aparecer bella ante el pretendido, hubo de disimular una galantería que no sentía, engañando de este modo á la madre, más que á la hija. La señora Langeac, para que su niña destacase de las demás, en presencia de Enrique, la hizo interpretar en el piano una delicada romanza, y con sus *impertinentes* impertinentes miraba al auditorio, principalmente á la juventud, para reprender ó evitar el menor ruido.

Si bien á algunos interesó la habilidad de Genoveva, á la mayoría de la distinguida concurrencia que amenizaba las veladas de los Jouvenel le distraía más la música frívola y banal que los clasicismos de la música científica. Por tal razón, aunque no era necesario declarar que se aplaudió á la excelente pianista, á penas hubo ella terminado, y mientras el señor Jouvenel, con sobrado motivo, abandonaba el juego, felicitaba efusivamente á su supuesta futura nuera, secundado en esta operación por Enrique, que no demostraba el entusiasmo de su padre, ni mucho menos, una señorita de las numerosas que allí se hallaban dispuestas á gozar cuanto pudieran de la vida, se sentó al piano, y dió en su teclado blanqui-negro con tal brío, que á las tres notas un coro chillón inundó de algarabía los ámbitos de

la casa. ¡Tocaba un aire conocido de la popular opereta francesa *Phi-Phi (Fi-fi)*!

El doctor Trevoux, que también había cesado de jugar, tomó parte en el improvisado concierto vocal común, y la señora Langeac, con sus correspondientes impertinentes, haciendo *ascos* á la música infernal, miró al doctor como si le dijera: *¿A usted también le divierte eso?* El doctor, siguiendo la canción, moviendo un brazo á guisa de batuta, la sonrió como si la contestara: *Todos padecemos algo, más ó menos... Pues bien, á cada grado de enfermedad, su dosis de medicina...*

Para complacer á su padre, Enrique había ofrecido su brazo á Genoveva quien, muy contenta, se preparaba á oír de sus labios dulces palabras que ella misma elegía entre las más agradables para una joven enamorada, pero no tardó mucho en ver defraudadas sus tiernas esperanzas.

—Está usted esta noche preocupado, Enrique—le dijo con una tristeza inevitable.

Enrique, que no podía fingir por más tiempo un buen papel en la comedia que se les hacía representar á ella y á sí mismo, trató de escurrirse lo más correctamente posible de Genoveva, que sabía le amaba y á quien no deseaba dar falsas esperanzas, y una vez solo se aisló en la terraza del jardín, y se hundió

en su propia melancolía y en la de la silenciosa noche. Enrique evocaba el recuerdo de un nido blando donde reposaba tranquilo y sereno su corazón amante...

El doctor Trevoux, viendo á Enrique ensimismado, se le acercó y cambió con él algunas palabras.



El doctor, siguiendo la canción, moviendo un brazo...

—Me parece que tu padre intenta comprometerse con los Langeac. Será preciso confárselo todo.

Enrique asintió al consejo del íntimo amigo y de nuevo, en su pensamiento, alternaron diversas ideas...

La fiesta había tocado ya á su fin. Los Langeac fueron de los últimos en despedirse de los Jouvenel, cuyo señor, ó sea, el padre de Enrique, manifestó á la madre de Genoveva, estrechándole, visiblemente satisfecho, la mano:

—Hasta mañana por la mañana. Mientras los chicos juegan al tennis nosotros fijaremos las bases de su porvenir.

La señora Langeac, henchida de gozo, se sonreía...

Cuando los invitados hubieron salido de la casa, los Jouvenel, reunidos en el gabinete de trabajo del padre, llamaron á Enrique á su presencia, y aquél le habló de la siguiente manera, refiriéndose á Genoveva:

—Es una muchacha encantadora, de sanos principios, de esmerada educación social, sabe música...

La señora Jouvenel aprobaba lo que su esposo iba exponiendo á Enrique, pero éste, resuelto á decir la verdad sobre el misterio de su vida, interrumpió las alabanzas de su padre acerca de Genoveva, así:

—Yo no puedo casarme con la señorita Langeac.

Los Jouvenel, sorprendidos, no acertaban á comprender cómo podía ser que Genoveva no fuese del gusto de su hijo; y el padre, para

terminar de una vez, le invitó á darle la razón de su desaire.

Tremulo de emoción, ante la idea del disgusto que tenía por seguro iba á dar á sus padres revelándoles su secreto religiosamente guardado durante mucho tiempo, pero valiente ante la hermosa perspectiva de la nobleza, Enrique contestó:

—Yo... yo no soy libre...

Todo menos tal cosa podían haberse figurado los Jouvenel. El golpe fué, pues, tan duro como inesperado. El amor propio de los ultra-severos burgueses fué lastimeramente herido. El padre, principalmente, perdió en seguida el freno de la razón, y excitóse, pudiendo, á duras penas, contenerle la resentida esposa é indulgente madre.

—¿Quién... quién es ella?—le preguntó á Enrique, su padre.

—Es... una modesta obrera... con la que me he casado secretamente.

La decepción de los Jouvenel alcanzó su grado máximo. A los lamentos paternos, siguió una violenta escena entre dos poderosos orgullos: el de los padres despojados de su prestigio sobre el hijo que no había pedido su consejo antes de cometer una insensatez; y el del hijo, correctísimo frente á las recriminacio-

nes de su padre, pero convencido de haber obrado como debía.

Al fin, sosegándose un poco, el señor Jovenel, meditando con calma sobre el grave caso, se acogió á una idea que podría arreglarlo todo satisfactoriamente, y dijo á su hijo:

—¿Quieres darme la dirección de esa persona?

—Sí—replicó Enrique—María vive muy cerca de aquí... en un pequeño hotelito que la he alquilado... Estas son sus señas...

—Está bien... Escribiré á esa joven para hacerla comprender la necesidad de vuestro divorcio. Tu nombre... tu porvenir...

—Es inútil que usted escriba, papá—respondió humildemente aunque firme, Enrique—. No tengo el más leve propósito de abandonarla.

—¿Por qué, ciego?

—Por dos razones poderosas.

—¡Habla! ¡Dilo todo de una vez!

—La primera, porque la amo apasionadamente...

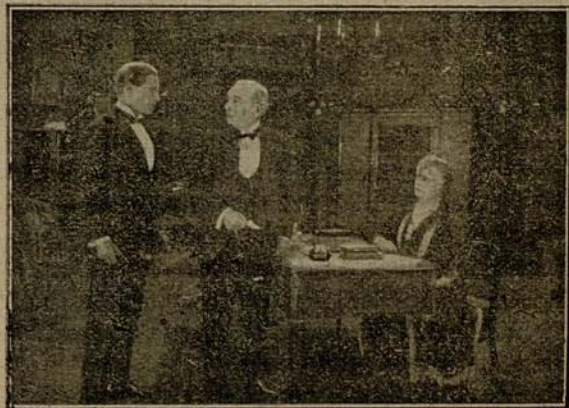
Para cubrir su indignación con una falsa sonrisa, el señor Jovenel miró á su esposa, que como él mismo sufría como nunca, y encogióse de hombros incrédulo de la fuerza del amor de Enrique por esa mujer, atribuyéndolo sencillamente á un capricho de la inexperta juventud.

Pero había aún otro motivo ¿Cuál podía ser?

—¿Cuál es la segunda razón?—preguntóle ansioso.

—Está, padre.

La respuesta fué rápida, breve, humilde y firme también. Tras de ella Enrique sacó de su cartera una fotografía y la entregó á su padre.



—Es inútil que usted escriba, papá..

¡Era el retrato de un niño, su hijo, suyo y de María, de cuatro años de edad!

La segunda razón que, poderosísima, si la primera razón no lo fuera bastante, hacía imposible la libertad de Enrique.

El señor Jovenel tenía la frente humedeci-

da de angustia... Estaba desconcertado ante su derrota sin piedad. La señora Jouvenel, por el contrario, como era lógico, se sentía llevada por una compasión ante el pequeño inocente y como ella, su esposo, entre las violentas ráfagas de exasperación, no podía apartar su vista de la fotografía en la cual, alegre y confiado, el niño, *su nieto*, parecía que los miraba sin temer su rigor...

*
**

Los Jouvenel no durmieron aquella noche. Sus espíritus no estaban demasiado agitados para que se pudieran entregar al reposo. La revelación de Enrique había sido una sorpresa enorme que no podrían olvidar fácilmente. Sobre todo el señor Jouvenel estaba como atontado por el inesperado fracaso de sus risueños proyectos de casamiento de Enrique con la hija de la distinguida señora de Langeac, y llamaba en su ayuda á los más diversos planos de solución del mal, planos que coincidían todos en devolver la libertad á su hijo.

Enrique, por el contrario, no perdió la serenidad demostrada desde el primer momento, que fatalmente debía llegar más tarde ó más temprano, y aguardó el nuevo día firme en sus buenos propósitos de justicia para con la mujer que un día se le entregó, por amor, en cuerpo y alma, que le quiso más á cada nueva

aurora, que le dió siempre esperanzas de que llegaría una ocasión propicia para que él enterase á sus padres de la unión legal que no tardó en santificar su pasión... y en dar al ser, fruto bendito de sus amores, un nombre como le correspondía.

Desde la mañana siguiente, la señora Langeac comenzó la importante labor de adaptar á su hija al molde de las conveniencias familiares.

En lo que tenía especial orgullo la señora Langeac, era en que su hija supiera presentarse, como ella, con aire distinguido, altiva sin ser desdeñosa, espléndidamente erguido su cuerpo.

Y mientras la aleccionaba con severidad de institutriz inglesa, á guisa de compensación la decía, entre otras promesas, que Genoveva escuchaba con deleite:

—Enrique Jouvenel, hija mía, es un buen partido que no te conviene dejarlo escapar...

El efecto de las sabiamente dirigidas frases de su madre, producían en Genoveva un deseo muy vehemente de agradar á Enrique y seguía con meticulosidad las más mínimas advertencias de aquélla.

Y la señora Langeac veía próximo su triunfo, en su hija, imaginándose, una hora antes de la convenida para entrevistarse con los

Jouvenel, oír del propio señor Jouvenel la petición de mano de Genoveva para Enrique. Pronto, pues, para la ufana «mamá» se realizaría una bella ilusión integrada por estos dos valores cotizados por el orden que se nombran: riqueza y honor. Si bien en esta jugada parecía faltar un peón: el amor, no por tan poca cosa se había suspendido el juego... pues un peón más ó menos no pesaba mucho en la balanza del matrimonio en proyecto, y de momento los platos serían perfectamente equilibrados por los «papás»; los «chicos» no tendrían más que continuar la obra consumada y era indudable que en interés mutuo ambos pondrían algo, por poco que fuese, de su parte...

Conforme lo había sentido Enrique, su padre le llamó á su despacho pocos momentos antes de la hora que diera á la señora Langeac, y le habló, á solas, alternando la bondad y la cólera en sus recriminaciones.

Enrique, sumiso y respetuoso, ratificóse en lo que ya había dicho en la primera discusión sobre su secreto, ó sea, que no aceptaría ninguna solución que perjudicara á su esposa ó á su hijito.

El señor Jouvenel, afligido, se lamentó:

—¡Yo que había soñado para tí un porvenir henchido de satisfacciones!... Y resulta que,

irreflexivo ó insensato, entregas tu nombre á la voluntad de una mujer cualquiera!...

—Eso, no, papá: María no merece ese calificativo ni en sus labios—replicó Enrique, saliéndose por un momento de olvido de sí mismo de su postura humilde ante su padre.

—Bien, Enrique—contestó el señor Jouvenel—. Esa mujer será lo que sea. ¡Pero ha llegado el momento de que escojas entre esa mujer y yo!...

El señor Jouvenel temblaba. En un arranque de amor propio humillado había pronunciado un terrible fallo cuya consecuencia, aunque deseaba lo contrario, adivinaba iba á sufrir.

Y, en efecto, no se había equivocado el señor Jouvenel, pues vió como Enrique, con mucho dolor, tomaba la resolución que él temía, la que era justo que tomase: la de inclinarse de parte de su nueva familia.

Para Enrique, la sentencia de su padre fué ponerlo entre dos filos de espadas: no había salida posible sin dolor... pues el dolor era doble también. Si sólo con el amor de su esposa y de su hijo podía Enrique ser el hombre más venturoso de la tierra, otro afecto le ligaba también á la vida, de muchos años y todos buenos, que era el de sus padres. Jamás, hasta ahora, oyóse en la querida mansión paterna, una queja contra él. Era, por lo tanto,

de mucho lamentar, aquella súbita separación.

Enrique se puso, como queda dicho, de parte de su nuevo hogar, y se lo dió á entender á su padre, no contestando á su sentencia y alejándose, echándole, alguna que otra vez, una mirada que equivalía á decirle: *"Ya sabe usted que mi deber me dicta que mi camino no está aquí... y me marcho á buscarlo..."*

La escena del abandono de su padre por Enrique, de una belleza imponderable, fué breve.

Durante aquélla se pusieron de manifiesto dos fuerzas morales que son patrimonio de todo ser bien nacido: respeto, hasta en los más dudosos casos, á los padres, y un alto sentido de la justicia á trueque de posibles sinsabores.

También se vió en esa escena el error en que incurren muchos padres en querer imponer con absolutismo su voluntad á los hijos, y del que se forman tantos muchachos desgraciados. Añadamos, sin embargo, que el señor Jouvenel, sentía las lágrimas mojar á traición su alma, y que los prejuicios, esos mónstruos de la Sociedad, se oponían con más tesón que su propio orgullo de padre á aplicar una sanción mucho, mucho menos severa á su hijo.

Cediendo á los convencionalismos sociales, más fuertes que sus propósitos de menguar la pena, el señor Jouvenel permitió que su hijo se fuese.

Detrás de la puerta del gabinete de trabajo de su esposo, la señora Jouvenel aguardaba á Enrique, ansiosa de conocer el resultado de la entrevista con su padre.

En el semblante de su hijo leyó la señora Jouvenel que no había habido el buen arreglo que ella deseaba; pero Enrique, aparentando



La escena del abandono de su padre por Enrique...

estar tranquilo, besó á su madre y sin detenerse mucho, para que la emoción no le delatase, la dijo:

—Me voy á ver al señor Carmoy, que sé que necesita un secretario.

En el jardín de su casa, Enrique encontró á

la señora Langeac con su «mudadita» hija, y aunque hubo de detenerse, lo hizo lo menos posible, casi el tiempo de presentarles sus excusas.

—Dispénsenme ustedes—las dijo—que no pueda disfrutar de su grata visita... Un asunto imprevisto...

La señora Langeac, disimulando, rabiando por dentro, la indignación que la producía la poca atención que *precisamente* aquel día les demostraba Enrique, le disculpó sonriéndole, como si encontrara la cosa muy natural.

Genoveva, pobrecita, ni para sus adentros ni por fuera, se sentía enojada con Enrique, á quien, plantada en medio del paseo del jardín, miraba alejarse con ojos de enamorada, aunque no sabemos si lo estaba más porque su madre se lo había dicho ó por ella misma. El caso es que la severísima señora Langeac la tuvo que sacar de su encantamiento pronunciando algunas palabras que, como puede suponer, no eran muy agradables para Enrique. Después, á medida que esas damas iban adentrándose en la casa, la mamá irritada refunfuñaba contra el poco galante joven, y Genoveva, resignada y sin achacarse á sí misma la culpa del poco interés que la tenía Enrique, se miraba desde los hombros hasta los pies cada vez que la señora Langeac la decía algo

por el estilo: «¿Para eso te has puesto hoy el sombrero nuevo? ¿Para que ni siquiera te dirigiese la más mínima galantería estrenaste el vestido de tennis de moda?»

En verdad no era para alegrarse lo que les había sucedido: evidentemente nada menos prometedor que presentarse en casa de los padres del pretendido para *hablar en serio*, y no estar éste presente.

La señora Langeac no pudo evitar que su disgusto se reflejara en su pálido rostro al expresar su sentimiento el señor Jouvenel por no haberse podido quedar en casa, aquella mañana, Enrique.

Los señores Jouvenel estaban muy apesados por el conflicto provocado por su hijo y no sabían cuál sería la mejor manera de poner al corriente de la situación á la señora Langeac.

Al fin, el señor Jouvenel se decidió por una fórmula de exposición del asunto que sin revelarlo todo, diese á entender bastante. Pero antes de empezar hizo una discreta señal á la señora Langeac para que alejase de allí á Genoveva á fin de que su cándido corazón no fuese sorprendido por sus palabras...

La señora Langeac *ordenó* á su hija, sin rodeos, que se fuera á jugar al tennis, y la «niña» obedeció casi militarmente. Temor y respeto

eran sinónimos aplicando esas palabras á Genoveva con relación á su madre. Sin embargo, desde la puerta del salón por donde iba á desaparecer hacia el jardín, Genoveva se volvió á su madre y se atrevió á objetarla con naturalidad:

—Pero mamá, yo no puedo jugar sola...

Claro que ella no podía, por sí misma, representar un noble papel en la pista de tennis, ni contaba tampoco con la suficiente habilidad para lanzar una pelota desde un lado á otro del campo y lograr que, gracias al matemático rebote, el terreno le devolviese la pelota, supliendo de esta forma al jugador adversario.

Pero la señora Langeac no paró mientes á las exigencias del juego y volvió á ordenar á su hija que se fuera á jugar al tennis, lo que equivalía á decirle que no hacía ninguna falta en el salón.

No tuvo pues más remedio Genoveva que obedecer, con precipitación, á su mamá, y en el jardín se puso á jugar solita, á lanzar la pelota en alto y recogerla con la raqueta. El interés del juego consistía en que la pelota no cayese al suelo; de manera que eso resultaba muy divertido (?).

La señora Langeac y los Jouvenel estaban ocupados en algo más serio, más trascendental para ambas familias.

El Sr. Jouvenel, yendo recto á la nobleza, manifestó á la señora Langeac:

—Un obstáculo inesperado que me produce vivísima contrariedad, se opone de momento á dar forma práctica á nuestros proyectos de casar á los chicos.

Esa noticia fué un doloroso chasco para la señora Langeac cuyo nerviosismo fué calmándose de tal modo tras las sinceras explicaciones de los Jouvenel, que al terminar éstas ella recobró nuevas esperanzas, y les dijo con marcada intención:

—No debemos desesperar sin embargo. Las pasiones de ciertas mujeres se evaporan ante la materialidad contante y sonante del dinero.

El Sr. Jouvenel abrió los brazos á una idea sugerida por la perspicaz señora Langeac.

—Algunas veces quieren sostener por amor propio su puesto aparente de mujeres dignas, más con un poco de discreción....

Era claro lo que proponía la señora Langeac... y el Sr. Jouvenel lo había comprendido perfectamente.

Tal vez aquel enojoso asunto—pensaba el Sr. Jouvenel—, se arreglaría mejor que lo que él mismo se había figurado al principio.

Entretanto Enrique, en casa de su amigo el Sr. Carmoy, hacía á éste oferta de sus servi-

cios y era admitido como secretario á contar del día siguiente.

Detrás de la señora Langeac y de su hija, salió el Sr. Jouvenel de su casa para dirigirse á la de María, la esposa de su hijo Enrique, con el objeto de entrevistarse con ella si éste no estaba en el hotelito.

Por la mujer encargada de la limpieza del inmueble supo el Sr. Jouvenel que María estaba sola, y subió al piso. Llamó á la puerta.

—Adelante—contestó una voz delicada, la de María.

Abrióse la puerta y apareció en el hogar limpio y modesto de su hijo, el Sr. Jouvenel.

María, que no le conocía, no se inmutó, y sin recelo alguno le preguntó qué era lo que deseaba de ella.

—Yo soy el señor Jouvenel—dijola éste.

¿El padre de Enrique en su casa? ¡Oh, nada bueno le presagiaba esa visita! ¿Acaso Enrique estaba enfermo y la reclamaba á su lado á gritos que nadie podía sofocar? ¿Tal vez algo más grave aún? ¿A qué, pronto, á qué iba á su casa el padre de su esposo?

María, llena de angustia, clavó la vista en el suelo como pecador confeso que implora, por compasión, la piedad del ofendido, y aguardó que el Sr. Jouvenel hablase.

—Mi hijo ignora el paso que estoy dando

cerca de usted... Yo vine.... Tome.... Eso le dará á usted una idea.

—¡Un cheque de veinte mil francos á cambio de Enrique! ¡Jamás! Yo no aceptaré nunca su dinero, señor Jouvenel. Si Enrique quiere es libre para divorciarse.... ¡Yo resignada, pero



—Yo no aceptaré nunca su dinero, señor Jouvenel.

dolorida, anhelosa ante todo de su bienestar, me someteré á separarme de él!

El Sr. Jouvenel, defraudado en su intento de sobornar á María con dinero, considerándola en el mismo plano que cierta clase de mujeres sin escrúpulos, sintió á pesar de su fracaso una íntima satisfacción ante la honradez de

aquella muchacha, buena, según la había juzgado, y trabajadora por lo que podía apreciar con la vista sobre la mesa: hacía flores artificiales. No era únicamente Enrique quien llevaba la carga de aquel hogar.

De todos modos, aunque un primer impulso de piedad le hubiese conducido á olvidar el verdadero objeto de su visita, recobró de nuevo su orgullo de ser privilegiado al recordar su posición social, y se disponía á marcharse cuando, al abrir alguien desde el exterior la puerta, el cheque que había ofrecido á María y que luego de su rechazamiento colocó encima de una mesa, precisamente la en que se hallaban los accesorios del oficio de confeccionista de flores de ropa, voló, al establecerse una corriente de aire, á los piés del recién llegado... que era el niño, el hijo de María y Enrique.

El Sr. Jouvenel se detuvo un instante para contemplar al pequeño quien, con mucha educación, recogió el cheque y se lo tendía con la manita.

María no hizo el menor gesto que indicase á su hijo que hiciera tal ó cual cosa; el nene obró según le aconsejó su pequeña capacidad mental. Por eso el Sr. Jouvenel se sintió poseído por un sentimiento extraño ante la simpatía con que el niño le acogía, contrariamente

al rencor que él le tenía á él y á su madre por haberse llevado á Enrique.

Y á la sonrisa del nene hubiera correspondido con alegría el Sr. Jouvenel, pero no pudo hacerlo, pues por sostener varios prejuicios delante del mundo de su rango, prefirió ahogar impulsos que en aquel instante emocionaban con ternura su corazón.

Sin embargo tuvo que hacer un esfuerzo el Sr. Jouvenel para no flaquear ante el poder del ser que por la ley y contra todo convencionalismo era algo suyo, muy suyo, pues llevaba sangre de su sangre, y tomó el cheque de la mano del niño, estrujó el papel crispando el puño hasta hacerse daño, abrió la puerta y desde su umbral miró largamente á María y al niño, y los abandonó sin proferir una sola palabra más que la vulgar de la despedida.

En definitiva el Sr. Jouvenel no sacó de la entrevista con su nuera otra cosa que la demostración palpable de que sería inútil cuanto intentase hacer del lado de María para separarla de Enrique y esto, añadido á la convicción de que su hijo no se volvería atrás, significaba que los viejos habían de quedar solos con la amargura de la separación acrecentada cada día por risueños recuerdos.

Al marcharse el Sr. Jouvenel, María tomó en sus brazos á su hijito y lo besó con frenesí.

¿Qué culpa tenía el tierno ser para verse privado del cariño y protección de los abuelos? ¿Qué falta podía imputársele á la criatura si al fin y á la postre si falta había sólo fué cometida por amor, no por vicio, por ella, cegada por la pasión de Enrique? ¿De quién, pues, era verdaderamente la culpa? ¿Podía dársele aún ese calificativo á lo que ellos hicieron cinco años atrás, después de enmendarlo ante Dios y la ley? No, no, en ello no podía haber ya más culpa que su pobreza, su cuna humilde que no respondía á los sueños dorados que la fantasía de los burgueses Jouvenel había concebido para Enrique.

Haciendo conjeturas sobre su porvenir estaba María, atormentándose el alma con suposiciones hijas de un mismo temor, cuando llegó para consolarla, Enrique.

El niño, así que vio á su papá, se le echó al cuello dando un salto hasta su pecho.

Enrique se dió cuenta de la tristeza de su mujercita bienamada, y se apresuró, cariñoso, á preguntarle la causa.

—¿Qué tienen esos ojos, que son mi vida, para ponerse velados? ¿Qué tiene esa cara, que es mi cielo, para no sonreirme? ¿Qué tienen esos labios, que son mi amor, para no ofrecerme la recompensa de un beso? ¿Qué tiene el alma de mi alma, para estar triste?

—Enrique...—le contestó, mirándole con una pena muy honda, María—Tu padre ha estado aquí y no ha mucho que ha salido.

—¿Mi padre? Debía figurármelo y avisarte. Y, ¿á qué vino? ¿Qué fué lo que te dijo que tanto te aflige aún? Dímelo... que yo lo sepa... ¿Te habló de separarnos?... Si es esto, no podría por más que hiciere. ¿Te ofreció dinero?... ¿Sí?... ¿Cuánto?...

—Me puso en la mano un cheque de veinte mil francos.

—¿Y qué más? Tú... no lo aceptaste ¿verdad?

—No, Enrique, yo sólo te quiero á tí y sólo tú puedes á mí y á nuestro hijo separarnos de tu lado.

—Pues bien, María, sepas que ya no vivo con mis padres... que porque mi obligación está aquí, contigo, vine á tu lado adonde, viviendo por mis propios medios, me quedo desde ahora para siempre. Tu Enrique ya no te abandonará jamás.

—¿Es eso cierto, Enrique mío? ¡Oh!... ¿pero por qué lo has hecho?

—Por el niño, por tí, por mí, por nosotros que vamos á ser muy felices, tesoro mío.

* * *

Ocho días habían transcurrido desde el de los importantes acontecimientos.

En el hogar de Enrique, el niño reinaba

como dueño y señor de voluntades. El doctor Trevoux, buen amigo de Enrique, visitaba á su familia á menudo y el niño le quería con locura porque se prestaba á todos sus caprichos.

En el viejo hogar de los Jouvenel, el hijo había dejado un enorme vacío, el vacío triste de los sitios irremplazables.



—Por el niño, por tí, por mí, por nosotros que vamos á ser muy felices...

La señora Jouvenel no se quitaba del pensamiento á su hijo y á hurtadillas espiaba en el semblante de su marido, que hablaba poco, las huellas deladoras de su estado de ánimo por la pérdida consentida del heredero de la casa y sostén de su senectud.

Si es indiscutible que el organismo humano sufre bruscas sacudidas que perjudican moral y materialmente por efecto de disgustos, y lo envejecen con rapidez inverosímil, bien puede atribuirse á la aflicción que le embargaba de continuo, la variación de las facciones del Sr. Jouvenel más acentuadamente flácidas.

En la señora Jouvenel, el retrato de su nieto que había guardado cuidadosamente en su secreter, había despertado cariñosos anhelos de amor, apenas contenidos por pueriles temores al ajeno comentario.

También el abuelo evocaba al pequeñuelo, pugnaba por descargar de su espíritu el lastre de vanas preocupaciones sociales.

La llegada de una carta arrancó á los atribulados abuelos de su ensimismamiento. Aquella iba dirigida al señor Jouvenel, quien la leyó. Decía así el escrito:

“Señor Don M. Jouvenel.

Muy respetable señor:

Debiendo de comenzar dentro de algunos días los trabajos de repoblación de su granja agrícola de Maupas, necesito sus instrucciones que le ruego me envíe.

Si usted pudiera hacer el viaje, preferible sería; porque entonces apreciaríamos sobre el terreno el alcance é importancia de los trabajos que son necesarios. Suyo, FERRANT.»

De haber tenido á Enrique á su lado, él hubiese ido á Maupas para que empezase á conocer técnicamente todo lo que iba á ser suyo más tarde.

Ahora más que nunca, notaba á cada momento la ausencia de Enrique hasta convertírsele en una pesadilla que, unida á lo de la evocación del niño, no le dejaba punto de reposo.

En vista de ello, y porfiado en no ceder á los arrebatos de perdón que afluían desde el corazón hasta su mente, tomó una determinación, comunicándosela como sigue á su esposa:

—Lleva razón Ferrant. Es preferible que yo vaya á inspeccionar los trabajos.

Así pues, la señora Jouvenel quedó sola en París y aprovechó esa circunstancia para invitar á comer ó á cenar en su compañía al doctor Trevoux, para hablar con él á sus anchas de Enrique que tanto la preocupaba.

Uno de esos días en que el doctor comía con la señora Jouvenel, un criado vino á avisarle que le llamaban por teléfono.

Era Enrique quien se hallaba al otro lado del hilo telefónico. Aunque parezca anormal que telefonease á su casa para hablar con el doctor, no lo es si se tiene en cuenta que antes que tal hiciera había telefoneado al número del doctor y que el criado de éste le había in-

dicado que su señorito estaba en casa del señor Jouvenel. Había de ser, por lo tanto, muy urgente el motivo por el que llamaba al doctor amigo á su propia casa corriendo el riesgo de que fuera su propia madre ó su mismo padre quienes se pusieran al aparato y le reconocieran por la voz.

Y grave era el caso que había impulsado á Enrique á llamar al doctor, estuviere donde estuviere, pues su hijito se había repentinamente puesto enfermo.

El doctor recibió la comunicación de Enrique y le prometió ir á ver al pequeño sin pérdida de momento.

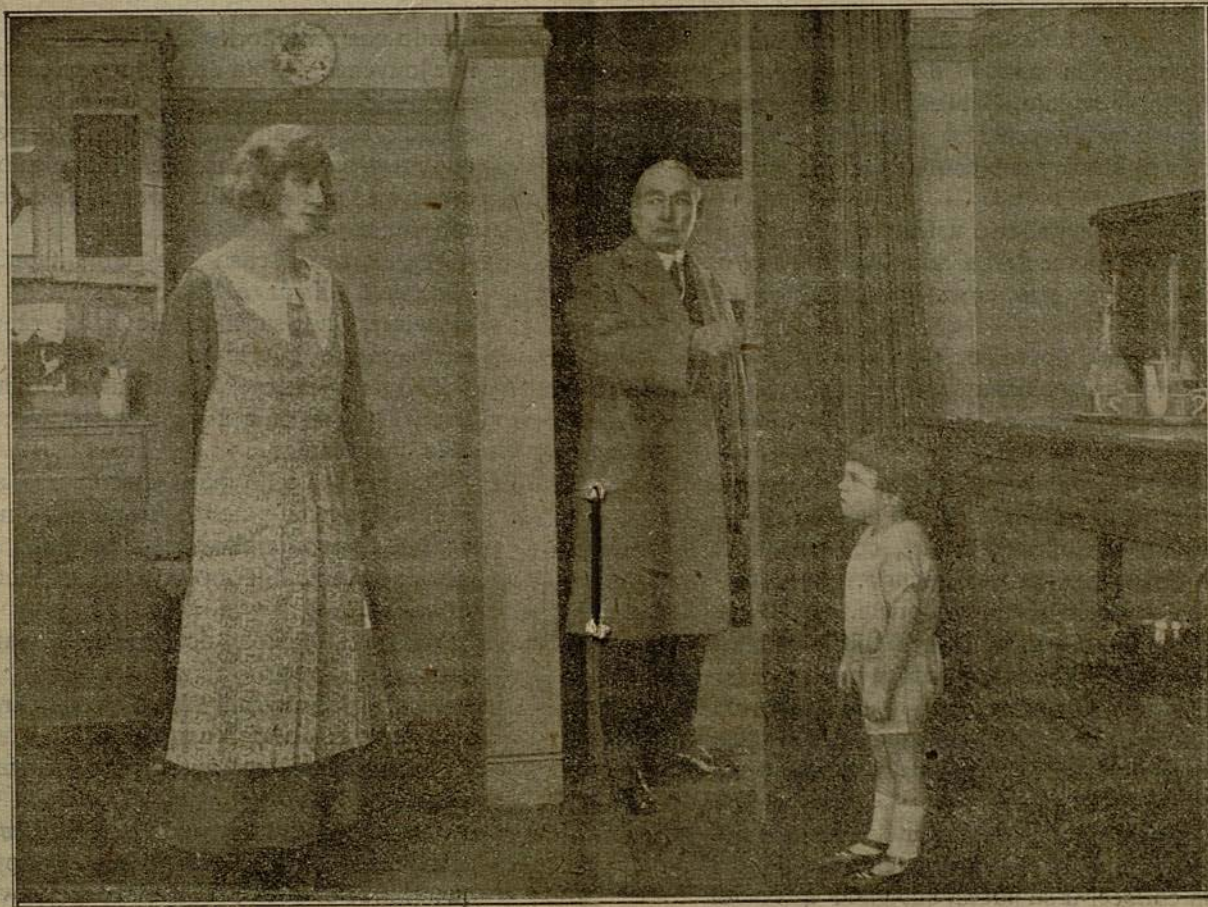
Obligado á ello para disculparse ante la señora Jouvenel y no viendo por qué negar la verdad, *puesto que estaba hablando con la abuela del niño*, fuera ó no éste reconocido, la dijo:

—Una enfermedad de su nieto reclama mis servicios.

La señora Jouvenel sintió desgarrarse algo en su pecho y ahogó un grito.

—Tome usted mi auto, doctor, vaya usted pronto.

Un criado dió la orden al *chauffeur* para que sacase el auto del garage y al punto de marcharse el doctor con el coche, la señora Jouvenel, quien, luchando sin fuerzas contra



...y desde su umbral miró largamente á Marfa y al niño, y los abandonó
sin proferir una sola palabra más que la vulgar de la despedida.

falsas preocupaciones que avivaban inútilmente su dolor por la realidad del peligro que corría el hijo de su hijo, habíase, al fin, declarado completamente vencida, salió á la calle, en dirección al auto, y subiendo en él manifestó al doctor:

—Quiero acompañar á usted. No sé lo que harían las demás mujeres en mi lugar, pero yo no puedo hacer otra cosa. Vamos á ver al niño.

El coche rodó ligero por el pavimento de las calles y tras breves minutos de marcha se detuvo ante el hotelito habitado por la familia de Enrique.

Subió el doctor, solo, al piso y auscultó al enfermo. Luego, mientras María besaba al pequeño, Trevoux dijo á Enrique, con disimulo:

—Tu madre me ha acompañado.

Animóse Enrique por tal noticia, y sin que lo viera su esposa salió de la habitación para bajar á la calle y reunirse con su madre.

La señora Jouvenel recibió con los brazos abiertos á su hijo, y una vez en ellos Enrique, quedaron los dos fuertemente abrazados un instante.

Complacida por la vehemente prueba de cariño de su hijo, la señora Jouvenel aceptó ella misma conocer á su nuera, subiendo á ver al niño, y manifestó á Enrique:

—Desearía ver á ese pequeño.

Grande, muy grande era la alegría de Enrique al comprender la grandeza de alma de las madres, de la suya, que burlaba la severa consigna de su padre de no perdonarle.

María no esperaba, á decir verdad, nada bueno de la señora Jouvenel, aunque, debido á la circunstancia que motivaba la visita, sí algo menos cruel que lo que llevó á su casa á su suegro.

La abuela miró, emocionadísima, al pequeño que se quejaba en la camita, y una sonrisa corrió sus labios sin que ella misma pudiera ni prepararla ni evitarla; había brotado espontáneamente bajo el influjo magnético-sentimental del niño amado en silencio.

María, triste por el doble temor de perder á su hijo y, si desapareciese el lazo de unión de carne, á su esposo por las artimañas de sus padres que la despreciaban, estaba sola al lado de la camita. ¡Oh, qué atroz era el dolor por que pasaba su alma!

Luego de haber examinado al niño, la señora Jouvenel, sin que su hijo se la presentase, se dirigió á María y la saludó quedamente; ésta levantó su vista hasta ella. Se miraron fijamente las dos mujeres. Se hizo el silencio más completo en la habitación; sólo de vez en cuando, rasgaba la quietud del ambiente al-

gún lamento del niño; permanecieron los hombres inmóviles y conteniendo la respiración y de súbito, sin que nadie lo sospechara, la señora Jouvenel y María, como movidas por un mismo impulso, se echaron en sus respectivos brazos para ahogar en ellos, mutuamente, el sollozo con que desafaron su pena. La madre,



La abuela miró, emocionadísima....

apiadada, perdonaba de pleno. Al fin y al cabo era una mujer.

El doctor Trevox secóse una lágrima que traviesa escapó de sus ojos, y Enrique, agradecido á la bondad de su madre, ocultaba su dulce emoción....

Después, las dos mujeres, abrazadas, y llo-

rando aún, adoraron al niño al pie del lecho, y para consolar á la madre cuyo dolor comprendía, la señora Jouvenel dijo á su nuera:

—No será cosa de cuidado.... ¡Las mamás siempre tenemos miedo por nuestros hijos!...

*
*
*

El niño entró pronto en franca mejoría.



Luego de haber examinado al niño...

El señor Jouvenel seguía en su granja de Maupas.

Cierta vez unos niños, jugando á su paso, tuvieron la mala fortuna de molestarle, y él lo riñó con exagerada acritud.

—¡Marchad de aquí, mocosos mal educados!—les dijo.

Y los niños, atemorizados, se apartaron de su lado mirándole con curiosidad, poco acostumbrados como estaban á ser tratados en forma tan desconsiderada, y se replegaron al lado de su abuelo á quien le contaron lo duro



El niño entró pronto en franca mejoría.

que había estado con ellos el señor Jouvenel.

Y he aquí que, al pasar casualmente por delante de la casa de campo del abuelo de los niños, fuera de la cual éstos jugaban con él, el señor Jouvenel volvió á regañar á los niños á pocos pasos de ellos, y el abuelo, que le co-

nocía de tiempo y por cuya razón tenía cierta franqueza de vieja amistad, salió en defensa de sus nietos, objetando á aquél:

—¡Oh, señor Jouvenel, qué poco cariñoso es usted con los niños!

El señor Jonvenel murmuró algunas palabras sin sentido al otro viejo y éste, risueño siempre, prosiguió:

—Está usted demasiado preocupado con sus negocios. Cuando sea usted abuelo eso se le pasará porque habrá de repartir su cariño entre sus nietos y entonces tendrá ocasión de conocer la dicha sin límites que proporcionan los pequeños.

—¡Bah, bah, vos siempre sois el mismo, Benjamín!

—*Arrepare* usted bien en esto, que es en lo que yo más *m'he fijao*: *Los pequeñuelos y los viejos tienen algo parecido.... Es como el sol cuando nace y cuando se pone....*

Aun horas después de haber oído á Benjamín su comparación entre los viejos y los niños la relación con el sol naciente y poniente, el señor Jouvenel se repetía sus palabras y se arrepentía de haberse mostrado demasiado severo con los niños.

Al llegar el crepúsculo vespertino, esa hora en que la melancolía se apodera de los seres y cosas, sumiendo al mundo en un elástico so-

por que rinde gradualmente los cuerpos, el señor Jouvenel se sintió más viejo, más abatido, más solo y fué á pasear su congoja á través de los campos plácidamente dormidos, fija su vista en el firmamento donde se iniciaba ya el inquieto lucerío de brillantes. Y de pronto su imaginación le hizo ver en las alturas, en dirección á la tierra, á su nieto sonriente y tranquilo.

Y se repitió una vez más:

—Es como el sol... cuando nace... y cuando se pone.

El, el abuelo, era el sol poniente con toda su nostalgia...

El otro, el nieto, era el sol naciente con toda su vida y alegría...

Y en el cerebro del anciano que supo mucho de amar á los suyos, se formó una idea limpia de segundos análisis. ¿Podía él, *sol que se pone*, restar poder al tierno niño, *sol que nace*, que con sus miradas, sus gestos ó sus risas bastaba para llenar un mundo?

Y aquella noche el señor Jouvenel regresó á su granja más viejo, más abatido... *pero no tan solo...*

*
**

La abuelita ya se había familiarizado con cariñosa afición al trato de María y á las gracias y ternuras de su nieto.

Enrique y María estaban muy satisfechos de las bondades de su madre que quería al niño con toda su alma. No eran precisamente los numerosos juguetes y la ropita que llevaba todos los días al niño lo que demostraba su afecto hacia él, sino las horas que pasaba charlando agradablemente con el niño y con la madre. El hogar de Enrique parecía el nuevo hogar de la señora Jouvenel.

Algunas veces la abuelita y Enrique cruzaban sus miradas cuando el niño hacía alguna de las suyas, y los ojos de aquélla, en un lenguaje que Enrique conocía ya, le decía á éste, como avergonzada: «Me venciste, mocosín, como siempre supiste hacerlo, pues para conseguirlo tuviste la excelente idea de protegerte tras este angelito».

Y Enrique, contemplando amorosamente á su buena madre, le trazaba con sus labios un dulce recuerdo de su niñez....

Pero un día la señora Jouvenel fué portadora de una noticia nada agradable ni para ella ni para Enrique y su nueva familia, y á los efectos consiguientes se la comunicó á su hijo:

—Tu padre vuelve mañana—le dijo—.... ¡Ah, si alguna vez llega á enterarse de que yo he venido á veros!...

Esta exclamación la pronunció la señora

Jouvenel sin el más ligero intento de cesar en las visitas al nieto, confiando en que su esposo no tendría motivo de sospechar la verdad de sus salidas de casa.

En su granja de Maupas, el señor Jouvenel se preparaba para la vuelta á París.

Los mismos pequeñuelos que en otra ocasión fueron severamente tratados por él jugaban, casualmente, frente á su casa, y los llamó á sí. Pero los niños, que no olvidan fácilmente á los que no los quieren, retrocedían á medida que él se acercaba á ellos. Y el señor Jouvenel, más empeñado en reparar su falta anterior en vista de que los pequeños le rehuían, suavizó sus aparentes asperezas hasta tal punto que logró que los muchachos se dejasen alcanzar por él. Y los colmó á todos de caricias.

A su regreso á París, el señor Jouvenel traía más arraigado en su alma el recuerdo imborrable del nieto que convirtió su estancia en Maupas en un éxodo martirizante.

La señora Jouvenel notó el cambio operado en su esposo pero no se atrevió siquiera á nombrar á Enrique, respetando el silencio que él guardaba.

Una tarde, después de la comida, el señor Jouvenel se puso á recorrer las noticias del periódico, y su esposa, á su lado, se ocupaba

en hacer encaje. Contrariamente á su costumbre, aquél no pudo leer ni la sección que mayor interés tenía para él, y dejando el periódico levantóse de la butaca.

—Me voy a dar una vuelta por el Círculo —dijo á su esposa, saliendo casi en seguida de la habitación.

A donde iba el señor Jouvenel, no era al Círculo; á lo menos el camino que había tomado no era el que conducía directamente á dicho lugar.

¿A dónde se dirigía pues?

Por el sigilo con que al salir de su casa echó á andar en dirección contraria á la de costumbre, podía deducirse que no le convenía que se enterase su esposa de lo que iba á hacer.

Y he aquí que al poco rato de caminar mirando á todas partes para no ver caras conocidas, como si temiere ser descubierto antes de cometer la acción que se proponía, llegó ante una casa muy coqueta, conocida ya por él, porque en ella estuvo una vez. Se detuvo y se puso uno mano sobre el pecho como para contener la dicha que experimentaba. Luego reflexionó y él mismo probóse su voluntad intentando levantar obstáculos á la realización de su proyecto, convenciéndose de que era inútil pensarlo más tiempo porque estaba completamente decidido. Miró, pues, entre las re-

jas de la cancela, hacia el jardín y no pudo reprimir la emoción del paso que hasta allí lo había guiado al ver... á su nieto corriendo sobre un triciclo por el paseo. ¡Estaba ante la casa de Enrique!

A la primera aparición del niño el abuelo no se vió con ánimos—que éstos siempre flaquean en el momento crítico de obrar—para entrar y tomarlo en sus brazos; pero á la segunda vuelta con el triciclo ya no pudo contenerse y abrió la verja internándose hacia la casa.

El niño vió al *intruso*, á quien recordó haber visto una vez, y no muy confiado se ponía en guardia para escapar á toda velocidad si se le acercaba demasiado.

El abuelo, cariñosamente, hechizado por los encantos del pequeño, le llamaba variando por meloso el tono corriente de su voz.

—Ven, nene, ven, quiero besarte.

Pero el niño decía que no con la cabeza.

—¿No me atiendes?—le preguntó ansioso el abuelo.

Seguía negándose el niño y entonces el señor Jouvenel, queriendo hacer valer sus derechos á cambio de revelar su personalidad, prosiguió con más dulzura aún:

—Ven, rico, yo soy...

No concluyó la confesión pues pensó que él

no merecía el nombre de abuelo mientras no reconociera al niño abriendo sus brazos á sus padres, incluso á Enrique. Y eso, lo último, por rarezas de viejos, le parecía mucho más difícil que todo lo demás.

El niño, ante la insistencia del *intruso*, llamó á su madre, que salió á ver lo que tenía.

—Mamá, mamá, hay un *señor* que me *quiere besal*.

María bajó al jardín y sorprendió al abuelo, recibiendo la natural sorpresa, muy grata por cierto.

Como estaba resuelto á poder ver al niño, el señor Jouvenel, descubriéndose con su habitual corrección ante María, y la dió esta explicación:

—Pasaba por aquí paseando... y me he tomado la libertad de detenerme un instante...

María, buena y humilde, se apresuró á ofrecerle su casa rogándole la hiciera el obsequio de entrar á descansar.

En el interior perfumado de amor, el abuelo presentó sus excusas á María.

—Yo he sido muy injusto con usted—la dijo—... Lo declaro con toda nobleza.

Negó tal afirmación María, para hacerle menos difícil la situación al señor Jouvenel, mas éste, agradecido, confirmó que reconocía haberse portado mal con ella.

—Yo quisiera que usted me autorizara á venir á ver al pequeño pero á condición de no decir una palabra á Enrique. Sé que usted no me va á pedir por qué no deseo que Enrique sepa nada, pues ya debe comprender que hay resentimientos que no se localizan tan pronto.



—Pasaba por aquí paseando... y me he tomado la libertad de detenerme un instante...

El interés único que me ha traído aquí es el niño. Déjemele usted ver cada tarde.

—Es usted su abuelo, señor Jouvenel, y su derecho tiene á ello.

—Gracias, María. No sabe usted el bien que me hace.

—¿Bien porque consiento en que venga á

amar á un ser que lleva también su sangre?

—Bien porque se resigna usted admirablemente á que sólo quiera tratos con él.

He aquí cómo, después de treinta años de sinceridad, el hogar de los Jouvenel conoció la mentira.

Y cada día, de dos á tres de la tarde, el se-



Y cada día de dos á tres de la tarde, el señor Jouvenel se marchaba á distraer sus ocios en el Círculo,....

ñor Jouvenel se marchaba á distraer sus ocios en el Círculo... ó sea, se trasladaba al hogar de María para jugar á los naipes con el niño.

Y de cuatro á cinco, la señora Jouvenel se encontraba en casa de su modista, ó, lo que

era lo mismo, completaba el ajuar del nieto y le secundaba en sus juegos.

Y, por la noche, los dos juntos coincidían con su mentira en un mismo pensamiento: el nieto, que se les ponía siempre de por medio.

Una noche, el abuelo suspendió la lectura de un artículo del periódico, pues evocaba al



Y de cuatro á cinco, la señora Jouvenel se encontraba en casa de su modista,....

nieto como si lo estuviera viendo correr con su triciclo. Los incidentes del juego imaginado del niño hacían sonreír al señor Jouvenel y su esposa, extrañada de verle tan pensativo y sonriente, le preguntó la causa.

El abuelo entonces, para despistar á la ino-

portuna esposa, atribuyó sus sonrisas á las ocurrencias de un colaborador del periódico. Pasado el peligro, el abuelo, aparte, celebró con nuevas risas el haber burlado á su esposa, ignorando que se burlaba á sí mismo.

Una tarde, á las dos, al llegar á casa de su hijo, siguiendo la regla por él mismo intplan-



Una noche, el abuelo suspendió la lectura de un artículo del periódico, pues evocaba al nieto.....

tada, el señor Jouvenel asombróse al ver allí, jugando con el nieto, al doctor Trevoux. Descubierta por éste, el abuelo no osaba despejar la lengua y parecía preguntar á María por qué había permitido que alguien estuviera en la casa á la hora que él debía ir. Pero ¿qué podía

hacer María, sin revelar la verdad, para que el doctor se marchase?

Como que la *plancha* ya estaba hecha, el señor Jouvenel no tuvo más remedio que *exponer el motivo de su visita* dirigiéndose por consiguiente al niño.

El doctor Trevoux se reía con el nieto pero



....el señor Jouvenel asombróse al ver allí, jugando con el nieto, al doctor Trevoux.

sus risas las provocaba mayormente la cara que había puesto el abuelo al verle con el chico. Y más se rió aún cuando el abuelo le miró con curiosidad al llamarle «mi tío» el niño.

—Sí, señor Jouvenel, yo soy el tío Trevoux—le dijo.

Celoso, el abuelo, ofreció al niño:

—Una peseta si tú me llamas «mi tío»

Como no le costaba gran cosa decir un «mi tío» más ó menos, el nieto complació al abuelo y se ganó el dinero ofrecido.

El doctor, pensando en lo niños que son los viejos—pues no era insólito el caso de los



—Sí, señor Jouvenel, yo soy el tío Trevoux—le dijo.

Jouvenel—, se despidió del abuelo, para marcharse, y éste, antes de que se fuera, le murmuró implorante:

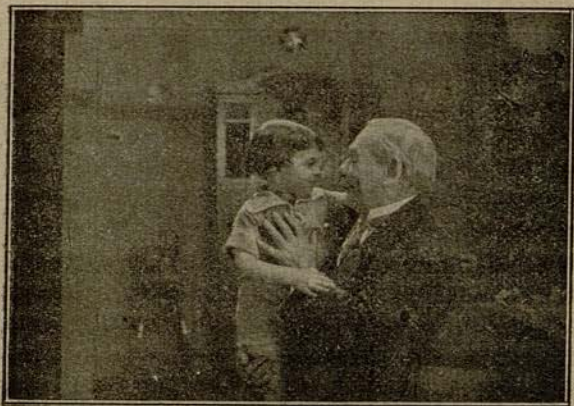
—¡Sobre todo ni una palabra á mi mujer!

Se lo prometió, riendo por dentro, Trevoux, y se quedó tranquilo el abuelito con el niño.

María dijo al doctor, á la puerta de la habitación, con aire muy triste:

—Constantemente me asalta el doloroso presentimiento de que esta felicidad va á terminarse.

—No hay que preocuparse. Todo marcha bien. Creo llegado el instante de precipitar los



Como no le costaba gran cosa decir un "mi tío" más ó menos, el nieto complació al abuelo.....

acontecimientos—la contestó el amigo íntimo de las dos familias.

—¿Qué va usted á hacer, doctor?

—Déjeme á mí. El final de esta comedia lo veo muy próximo. Adiós.

El niño estaba sin consuelo por que se le había roto un polichinela y cada uno de los abuelos, enterados del percance, había prometido para el día siguiente, un nuevo polichinela al nieto.

El doctor, considerando que la partida ya estaba ganada por Enrique, gracias á la intervención del nieto, visitó á aquél en la secretaría del despacho del señor Carmoy, y le enteró de lo que acababa de hacer para solucionar aquel asunto.

—Ya le he escrito á tu padre y he tomado las debidas disposiciones referente á lo demás. Ahora, á esperar el éxito de nuestro plan.

Enrique aplaudía la excelente idea del doctor y ansiaba reconciliarse con sus padres, más que por su propia felicidad, por la del niño.

Por la tarde del día siguiente, el señor Jouvenel, llegó ante la casa de su nieto y antes de franquear la verja del jardín escondióse la caja que contenía el polichinela que iba á regalar al pequeño, y luego se adelantó hasta la puerta de la casa y, ocultando su alegría, imaginándose la del nieto, llamó. No obtuvo respuesta. Volvió á llamar. Nuevo silencio. La mujer que hacía limpieza de los hotelitos cercanos le dijo que no había nadie en la casa desde la mañana.

Entristecido á la par que extrañado por la ausencia inexplicable de María y el niño á la hora en que él debía ir á verlos, el señor Jouvenel sacó el paquete de la caja, tiró éste á un lado del jardín, y ocultó el polichinela en el faldón de su chaquet, regresando, cabizbajo, á su casa.

La señora Jouvenel preparaba su regalito para el pequeño para llevárselo cuando saliera para *casa de la costurera*. Era una caja de grandes dimensiones, con un polichinela también dentro, mayor que el que había comprado su marido.

Como que la abuela no esperaba ver á su esposo en toda la tarde, contemplaba el juguete á sus anchas y en poco estuvo que no tuviera ni tiempo de tirar la caja sobre una silla y arrimar ésta á la mesa para que aquélla quedase escondida.

Reponiéndose de la sorpresa, la señora Jouvenel preguntó á su esposo:

—¿Ya has vuelto del Círculo?

—Si... Voy á descansar un poco. Me siento algo fatigado.

Era ésta la única manera de evitar que su esposa le notase el malhumor que llevaba. De modo que empezó á subir la escalera del salón que conducía á las habitaciones superiores de

la casa, pero á mitad de ella su esposa, soltando una carcajada le preguntó:

—¿Qué te asoma por el chaquet, maridito mío?

Se puso colorado el abuelo—si es que los abuelos se vuelven colorados—, pues no tenía necesidad de mirar qué era lo que le asomaba por el faldón, y sacando el polichinela comprometedor mintió para salir del apuro:

—Una bromita que me han gastado en el Círculo.

Y, al objeto de no dejar la menor sombra de duda en su esposa, volvió sobre sus pasos, á su lado, humedeciéndose durante ese intervalo su garganta, que se le secó del susto, y añadió fingiendo que la cosa le hacía mucha gracia.

—¡Ah, ya recuerdo!... Habrá sido el guasón de Darcy que habrá querido divertirse conmigo.

Conjurado el conflicto, el abuelo depositó el polichinela encima de la mesa que ocultaba el de su esposa, y fatalmente, como lo temía la señora Jouvenel, descubrió la caja comprometedor, la abrió y pasmóse de ver otro polichinela. A su vez, el abuelo preguntó á su compañera:

—Y esto, ¿qué significa esto?

Se atragantó la abuela y á duras penas pudo replicar:

—Esto... esto es para el hijo del jardinero.

Era muy casual *que la broma de Darcy* y el regalo de la señora Jouvenel coincidieran en un mismo objeto: un polichinela.

Era raro, muy raro... y las dudas empeza-



Era muy casual *que la broma de Darcy* y el regalo de la señora Jouvenel coincidiesen...

ban á apoderarse de los cerebros de los abuelos, que se miraban escudriñadores, interrumpiéndoles en sus reflexiones una carta para el señor Jouvenel.

Era la que el doctor Trevoux había anunciado á Enrique:

El abuelo la leyó delante de su esposa. Decía lo que sigue:

“Querido amigo: Con el fin de no ser obstáculo para el porvenir de Enrique, María se ha marchado con su hijo.

Tú, después de todo, eres el culpable de cuanto sucede, porque no supiste ó no quisiste pronunciar á tiempo la generosa palabra de perdón que precisaba. Tu orgullo habrá destruido la felicidad de tu hijo y la tuya propia.

Doctor Trevoux.”

El abuelo se tambaleó y su esposa le ayudó á recobrar ánimos.

—¿Qué malas noticias te anuncia esa carta?

—Mi buena amiga, si supieras... Toma, lee....

Lo mismo que su marido, la abuela afectóse mucho.

Y la fuerza de la emoción les impulsó á confesarse mutuamente.

—Perdona—dijo, primero, el abuelo.—Hasta ahora te he estado mintiendo... Todas las tardes, de 2 á 3, visitaba á María y al niño.

—Yo también iba á verlos todos los días.

—Y yo que pensaba...

—Lo mismo que yo...

—Me engañabas...

—Lo mismo que tú...

—Nos engañábamos... Y, ya ves para qué.

¿Dónde estarán? ¿Por qué se han marchado si los queríamos tanto?

—Trevoux quizá sepa...

—Es verdad. Podemos telefonarle.

—En seguida... Tal vez estén aún cerca y podamos detenerlos. No toleramos que se mar-



—Perdona. Hasta ahora te he estado mintiendo.

chen, ¿verdad? Oiga, central... Gracias... ¿Es el doctor Trevoux?

Al otro extremo del hilo no era precisamente el doctor quien se ponía al aparato. Era el nieto del señor Jouvenel, quien refugiado con su madre en casa del Doctor, atraído por el timbre del teléfono, corrió á descolgar el auri-

culador mientras el doctor, ajeno á ello, prometía á María que pronto vería el feliz resultado de su combinación.

El abuelo, impaciente, insistía:

—¡Oiga, oiga! ¿Quién está en el aparato? ¿Es el doctor Trevoux?

—¡Allo! ¡Allo!—contestaba el pequeño, gritando cada vez más.

Aquella voz infantil desconcertó al abuelo. ¿Podía ser que le contestara su propio nieto? ¿Qué otro niño podía hallarse en casa del doctor?

—Oye, oye pequeño, dime quién eres.

—¡Allo, allo!—repetía el travieso muchacho.

Y como la voz del niño subía de tono, el doctor llegó á oírle y se precipitó al aparato para presentar excusas á quien le telefonease.

¿Cuál no sería su asombro al reconocer al señor Jouvenel que seguía haciendo preguntas al nieto *sordo*?

Y tuvo una idea.

Y dijo al niño:

—Contesta á ese señor que grita:

«Buenos días, abuelito».

Obedeció el nieto.

Creyó volverse loco de alegría el abuelo al oírse llamar por su verdadero apelativo; solicitó parte en la conversación la abuela, rivalizaron los abuelos en dirigir ternuras al nieto

y después de muchas risas, muchos gestos desordenados, calmóse la escena al ponerse el doctor al aparato.

—¿Están contentos los abuelos?—les preguntó riendo sonoramente.

—¡Ah, picarón!—le contestó el abuelo. Os



...solicitó parte en la conversación la abuela;...

invito á todos á comer. No faltéis. Venid *todos* en seguida.

Cesó la conversación; los dos viejos, riendo aún, se miraron, repentinamente enmudecieron, y al sentirse poseídos por vivos deseos de llorar se abrazaron con efusión como si se perdonaran mutuamente el haberse privado,

por respeto á principios ridículos, del goce de la felicidad que ahora iban á disfrutar sin límites.

El doctor, por su parte, con ademán de vencedor, manifestaba á María:

—Vaya usted á ponerse el traje de fiesta. Hoy comemos en casa del abuelo.



—¿Están contentos los abuelos?

En el paroxismo de la dicha aun tuvo María una frase sublime:

—¡Qué contento estará Enrique!

Por la noche, había fiesta en el cielo y paz y amor en el hogar de los Jouvenel.

La reconciliación fué de emotivo efecto.

El doctor se limitaba á ver, reír y callar...

Enrique estrechó, agradecido, á sus padres, contra su corazón.

María fué reconocida, con todos los honores debidos.

Y el niño, oh el niño, ni que decir tiene que era el rey en aquella mansión como lo había sido en el antiguo hogar. No movía mucho ruido pues era el primer día que pisaba aquellas losas, pero ya se encargaría pronto de convertir la silenciosa casa en un cuartel de caballería.

Y eso querían los abuelos: vida, sana alegría, todo lo que dá el sol naciente para iluminar su oscura existencia, triste como el sol que se pone...

Y se reunieron todos alrededor de la mesa familiar, presidido por el polichinela que rompiendo el secreto de los abuelos precipitó la hora de la felicidad.

Y todo respiraba amor...

La noche caía... caía...

Y en sus corazones nacía la aurora de la nueva vida...

Era el sol naciente en las negruras del ocaso...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

PRÓXIMO NÚMERO

LA QUINTA AVENIDA

Emocionante drama de gran espectáculo

:: interpretado por la genial artista ::

LUCY DORAINE

Postal-fotografía:

MAX LINDER

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

PRECIO 25 CTS

¡GRAN ÉXITO! :: ¡GRAN ÉXITO!

¡ÉXITO GRANDIOSO!

LOS HIJOS DE NADIE

Primer libro de

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

Talleres Gráficos E. VERDAGUER MORERA

Topete, 2 al 16 — Tarrasa

INTERESANTE

Pueden pedirse las tapas para los tres tomos de las novelas publicadas hasta fin de año 1923 que se venden al precio de Ptas. 1'25 cada una.

Tenemos además lujosamente encuadernadas las novelas publicadas hasta fin de 1923 en los

Tomo I: del 1 al 22 — Ptas. 7'50

» II: del 23 al 43 — » 7'50

» III: del 44 al 64 — » 7'75

Precios con el correspondiente sobre con las postales, que mandamos á provincias, sin gastos, contra su importe.

CORRESPONSALES: Para pedidos á la

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

**La próxima semana estarán listas
las reimpresiones de todos
los números agotados.**

¡ACEPTAMOS PEDIDOS!